

Notas

La consagración de Guillermo Valencia

Publicamos en estas notas la maravillosa epístola dirigida por Guillermo Valencia a don Tomás Cadavid Restrepo, en donde, una vez más, el excelso payanés renuncia el laurel consagratorio que le fue ofrecido con sincera efusión por un grupo de sus amigos. Valencia no necesita ceñir sobre sus sienes la hoja verde de la gloria que se rinde en una forma teatral, porque ninguna figura intelectual como ésta ha conquistado en América la perpetuación del mármol. La literatura hispanoamericana ha podido ensanchar sus dominios con la obra de este preclaro artista, y el verso castellano encuentra en "Ritos" la más alta de sus expresiones universales. Posiblemente el solitario de Belalcázar cluda esta consagración honesta que quiso tributarle la ciudadanía colombiana por una simple actitud modesta que nosotros interpretamos como un sereno gesto de pundonor espiritual. Artistas de su estirpe prefieren el lauro silencioso de los siglos, a la corona espectacular tejida por la vociferación pública. La admirable carta que insertamos a continuación nos descifra en términos magistrales el sentido abscóndito de su excusa a las gloriolas populares, aunque Guillermo Valencia ya nunca podrá renunciar a la inmortalidad.

Belalcázar, marzo 20 de 1938.
Señor Doctor
Tomás Cadavid Restrepo.
Medellin.

Querido Compañero:

Otro buen amigo me envió el recorte de la carta de usted a don Tulio González, de Medellín, del 28 del mes pasado, llena toda de fina voluntad como ha sido siempre para honor mío el noble afecto de usted con que me premiaron los dioses.

El R. P. Daniel Restrepo, sabio jesuita (excúseme el pleonasma) y varón de Altas Letras, publicó un juicio muy amable y docto sobre mi *Parábola del Foso*, y se dejó decir, como quien no quiere la cosa, que vendría muy justa a mis sienes la guirnalda de los laureados. Acogió usted con espíritu dadivoso y gentil la gene-

rosa insinuación del Reverendo Padre, y amigos de antigua data desde apartados lugares se muestran muy a gusto con que se me otorgue el galardón propuesto.

Después de algunos años vuelve este halago a tentar mi vanidad con igual fuerza que en una noche inolvidable en que el Embajador Fletcher propuso a varios colegas asistentes a una velada chilena de 1924 la coronación del payanés como "cantor de América". La idea fué allí acogida con favor pero mi invencible renuencia púsole fin glorioso. Ya otras veces antes y después de ese año, yo había escuchado análoga propuesta, como siempre de labios amigos. Hoy reaparece el intento patrocinado por un gran señor en la república de las Letras y con fervor acogido por otro que ha motivado su actitud en las más obligantes frases que yo escuchase jamás, y ni por tal acopio de largueza me siento ahora, como no me sentí nunca, levemente inclinado siquiera a recibir el homenaje. Razones? Muchas, innumerables, de esencia ética o simplemente característica.

En primer lugar tengo clara conciencia de no ser un verdadero *hombre de Letras*, como aquellos que consagraron su vida entera al culto de la poesía y pasaron ajenos a otras actividades. Esos nacieron, crecieron, vivieron y murieron sin más amor que el verso, ni otra obsesión que la del canto. Dejaron poemas inmortales que son blasón de su pueblo, de su raza y aun de los extraños. El don genial que tuvieron del cielo no lo malgastaron en dislocadas, fragmentarias empresas: fueron poetas esenciales, instrumentos de comunicación del infinito y el sublime con el *masculino eterno*. La corona de poetas les vino medida, y cuantos la recibieran debieron de inclinarse sonreídos con esa complacencia que comunica la justicia cuando baja a ceñir una frente creadora. Conmigo el caso es muy otro. Nada serio he fundado, nada definitivo he compuesto: caprichos, tanteos y más tanteos, ensayos de aficionado y aprendiz y nada más. Barrunto que algún crítico tomará a soberbia esta declaración. No importa. Llegué a ella por el tenaz estudio, por la asidua lectura durante una vida; por el conocimiento y cotejo de innúmeros cantores de muchas literaturas: los estudié, los saboreé, miré dentro de mí mismo, comparé y me hallé falto. Dicese que todo es relativo: aceptado, pero ni "a las columnas ni a los poetas les fué consentida la mediocridad", y la corona está reservada a los excelsos.

De otra parte nuestra gloriola va hecha de amistad complaciente, de elogioso estímulo y hasta de vanas ligerezas. En desquite, la crítica acerba, la envidiosa y mal intencionada, nos hace a ratos pecar de suficientes cuando salimos airados a devolver agravios, aunque en resumen más sirven los dardos que no los elogios benévolos que deben tomarse siempre por su esencia de fina amistad e ingenua admiración para no traicionar la voz interna que nos da el puesto que merecemos o creemos merecer, siempre muy por debajo del que señalan los contemporáneos. La crítica viene influida desde que enaltecí nuestro primer acierto, y el propio vivir enseña que en las artes como en todo el estilo se alimenta de extraños conceptos y es la moda quien dice la penúltima palabra; después se gasta un siglo, cuando menos, en tejer la guirnalda consagrada.

Debe de ser placentero recibir una corona cuando, como en la Grecia de Sófocles, se llega al galardón a paso victorioso tras las pruebas eliminatorias que enfrentaron aspirantes en la palestra del ingenio; mas el gajo es inexpresivo cuando se cifre en él a un opaco supérstite en la eliminatoria de la muerte que suprimió a los grandes.

Aun no he dicho todo:

Existe en mí una repulsión innata a la exhibición y la teatralidad. En literatura como en el vestir la elegancia radica en que pasemos inadvertidos dentro del

intachable corte, el discreto tinte y la tela selecta. La desagradable reacción física ante la perspectiva de presentarse uno a recibir el gajo es más para sentida que para expresada. En la niñez escolar puede ella no existir pero en la arrugada senectud aparece caricaturezca a temperamentos como el mío.

Con qué cara se presta a uno a la ceremonia si recuerda que el sapientísimo Taine no accedió nunca a que se publicase su retrato y sólo consintió tras ruda brega en que Bonnat lo tomase a condición de no exhibirlo en vida del glorioso Maestro, él sí Maestro!

No acertaría a decirle si esta mi repugnancia a la exhibición merece catalogarse en el *complejo de inferioridad* o si sea la masculina forma de reproducir un materno pudor ancestral. En todo caso, mi querido Tomás, nada de coronación ni cosa parecida al ambalsamamiento prematuro. Guardemos esa guirnalda para quienes hayan descubierto mundos nuevos y dado nombre a regiones ignotas en el vasto universo de las ciencias y de las artes. Los demás debemos sentirnos largamente retribuidos con el aplauso de amigos, tan dulce él a la oreja, tan evocador de gratitud y de recuerdos, y dejemos al tiempo futuro el encargo de borrar nombres trazados con un carbón sobre el muro de la fama o el de esculpirlos si la fortuna de sus dueños alcanzó a tanto. Mientras, silencio, silencio, silencio: sabia y profunda voz que todo lo sugiere.

Su fiel y agradecido amigo,

Guillermo Valencia

Las Editoriales Corsarias

No podríamos negar que en los últimos tiempos, la cultura occidental ha sido más accesible para nuestro público, gracias a la intensificación de la industria bibliográfica suramericana y al feraz incremento de ciertos centros editoriales que, tanto en la Argentina como en Chile, vienen desarrollando una extensa tarea vulgarizadora. Pero también a costa, de este abaratamiento cultural, las letras europeas llegan a nosotros desfiguradas por traducciones anónimas que apenas si nos entregan una horrenda caricatura intelectual de sus estafados autores. El editor argentino o chileno sólo le busca al libro un rendimiento comercial y su más ancha circulación en el grueso público. Esto lo consigue mediante una especie de democratización económica de las grandes obras literarias que hasta ayer fueron un artículo de lujo para las clases populares. Por otra parte, la revolución española les ha despejado a las editoriales piratas suramericanas todos los mercados bibliográficos de las naciones hispanas. El libro español atraviesa en la actualidad una crisis definitiva, y la producción de las grandes casas editoriales de Madrid y Barcelona está prácticamente estancada. La bibliografía pirata suramericana es una barbarie literaria al por mayor y un matadero de las letras europeas. Estas empresas violan todos los códigos de la honorabilidad intelectual y quebrantan todas las normas que rigen los más elementales derechos literarios y artísticos de los autores extranjeros. Sobre este grave problema, André Gide expresaba recientemente que,

"más temible aún que el perjuicio material causado (ya sea al autor o a la edición autorizada) por la publicación de traducciones no reconocidas por el autor, me parece la posibilidad de traducciones infieles que pueden deformar profundamente el pensamiento de un autor". Y andre Maurois declara: "No sólo esas ediciones fraudulentas se hacen despreciando todos los derechos materiales de los autores extranjeros, sino que, para colmo, se hacen generalmente mal y las traducciones son indignas de los textos". Y el señor José Ortega y Gasset, a quien los intelectuales chilenos le tachan un bajo resentimiento económico, escribe estos párrafos ardientes contra el filibusterismo editorial de que ha sido víctima: "En Chile se hacen ediciones criminales; pero en casi toda América se venden y donde no se venden, o se venden menos, como creo que pasa en la Argentina, no se protestaba del delito y en esta medida se colaboraba con él. Esto último no es una exigencia exorbitante. Pues nadie honestamente puede dudar de que sólo un movimiento de protesta surgido en América misma prometía con alguna vaga probabilidad ser eficaz". Y luego añade estas frases coléricas contra la criminalidad de los que él llama "Ictiosauros y editores clandestinos": "Nótese que lo más grave de la cuestión no está en su vertiente económica sino en lo que tiene de síntoma para poder apreciar la excesiva solidez de los estómagos. Porque el hecho es, ante todo y sobre todo, asqueroso. Es un crimen a mansalva. Un crimen sin exposición del criminal. Un crimen abrigado por la complicidad ilimitada. Cómo es que no ha producido inmediatamente sus efectos..... eméticos? No es ya cuestión de justicia: es cuestión de reflejo estomacal".

Sin compartir integralmente la acerba embestida del escritor peninsular, tenemos necesariamente que deplorar ese anónimo descuartizamiento de la cultura occidental perpetrado por editores impunes que, no obstante su afán vulgarizador, atentan sin ética, ni estética contra la propiedad intelectual y los derechos literarios inviolables de los grandes creadores universales.
